
La ciudad incierta

Susana Avilés Aguirre
Salvador Rueda Smithers

Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque [...] pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos...

Ítalo Calvino
Las ciudades invisibles

Los ritmos de la vida. Miden el largo aliento vital de los individuos lo mismo que el flujo de las civilizaciones. Quedan registrados en las formas que el tiempo da a las cosas, a las pequeñas y a las enormes. Tal vez esa huella se destaque en los productos humanos más señalados: las ciudades. Este ensayo pretende aproximarse a uno de estos momentos que asemejan el desfallecimiento o la decadencia, pero que no fue más que el contingente correr de la historia y el movimiento del cambio generacional. Se tocará medio siglo de depresión, de estancamiento, en el lapso que corrió entre 1790 y 1864... Una exhalación en la biografía de la Ciudad de México.

Vientos de cambio

Como todos, el verano mexicano de 1790 fue lluvioso. Se trabajaba entonces en el acondicionamiento del desagüe en las inmediaciones de la Plaza Mayor de la ciudad; había que ganarle espacio y tiempo al agua, la de los canales y la de lluvia. Mientras los jornaleros se afanaban contra el lodazal, las autoridades civiles y eclesiásticas y las familias principales preparaban el Paseo del Pendón, también como siempre sin demasiado entusiasmo, obligatorio desfile que recordaba el épico amanecer de la grandeza de la América septentrional. La Ciudad de México, ensimismada, era desde hacía muchas generaciones un mundo separado del resto de la geografía de ese imperio que siempre veía la cara al Sol, de ese enorme e inmanejable dominio del rey Carlos IV. La capital novohispana era personaje de una geografía fantástica donde convergían todos los caminos, lugar hacia donde volteaban los poblados de las tierras del interior –desde los enclaves de la producción de plata hasta las extensas lejanías norteñas, territorios enormes y no pocas veces hostiles–. Vivían en la urbe y sus inmediaciones los hombres más ricos y las familias aristocráticas; era activa su vida intelectual y de fiestas y diversiones públicas. Había un “aire aristocrático” en esa ciudad de 150 000 almas. Con todo, la Ciudad de México no dejaba de ser, ante los ojos de virreyes y funcionarios peninsulares, una simple provincia del rey español.

Cada año, desde los tiempos del primer Carlos, del ascenso español de la gobernante Casa de los Austria, del esforzado capitán Hernán Cortés y del trágico emperador de los mexicanos Moctezuma el Grande, se hacía memoria de una historia que ya nadie había visto, pero que se reiteraba para la mayor gloria del monarca y de su linaje. Historia remota de la conquista, cuyos afanes se habían cantado en las solemnidades, en algunas pinturas de la aristocracia local y en las vidas ejemplares de frailes evangelizadores. Es de suponer que para entonces ya nadie en el corazón de la Nueva España recordaría las formas de la piedra más antigua de la ciudad, cuando fue fundada en una isla por los indios en su

gentilidad. Por eso sorprendió a todos que el 13 de agosto se descubriera una enorme escultura con los trazos inconfundibles del pasado indio, oscuro, pagano, pero tan legendario y sólido como el de la Roma anterior al cristianismo. No fue la única: hacia final del año, el 17 de diciembre, se descubriría otra no menos asombrosa y, de hecho, la que comprobaba los adelantos en cálculo y en geometría de los artistas anteriores a la conquista.¹ Tendría razón el curioso emblema de una pintura que explicaba escenas de la fundación de México: *Supra inestabile firmum*, “Sobre lo inestable lo firme”.

Las piedras labradas habían dormido por más de dos centurias debajo de la Plaza Mayor. Curiosamente, se les encontró el día del Paseo del Pendón, el del patrón San Hipólito, efeméride de la caída del imperio de Moctezuma, el último día de Tenochtitlan. Fecha fortuita, cuando murió la ciudad prehispánica fue el del ocaso colonial, cuando se abrió una zanja para favorecer el drenaje que alejaría malos olores –y prohibir malos ejemplos– y poner un nuevo empedrado, en un afán por modernizar la ciudad y distanciarla aún más de los gustos y costumbres de un pasado concebido como rémora: no sólo el alejado de los indios gentiles, sino sobre todo del abigarrado de palacios, hospicios, conventos e iglesias, de edificios levantados más por la voluntad de mostrar poder que por el orden y concierto que permitiera su limpieza y buena conservación. El mundo de ornatos del barroco ya había dado paso al de las geometrías precisas del tratado romano de arquitectura; florecía el nuevo clasicismo, limpio de colores chillantes, grutescos y otros revuelos de piedra y argamasa.

Se recuperaba la mirada al legado romano –y sesgadamente al pasado mexicano–. Se buscaban los vestigios del orden clásico –o de su equivalente americano no bárbaro–. Lo que se encontraba de las creaciones del pasado no se arrinconaba ni se ofrecía, como antes, engastado en metales preciosos por manos profanas. Pues se había sembrado la inquietud por clasificar y organizar la memoria del mundo: ya no acondicionar los objetos de las sociedades muertas adosadas al gusto moderno, sino tenerlas como vestigios históricos en su natural color y desgaste.² El nuevo gusto por la antigüedad clásica daría origen a la arqueología en 1764, con los descubrimientos en Pompeya y Herculano;³ el destino favorable lo replicaría en el corazón de la Nueva España en ese mediar del verano de 1790 –y criticado en 1792–. Una de las piedras se empotraría en la pared occidental de la Catedral Metropolitana; se le conocería como Calendario Azteca. La otra, indescifrable, tenía el rastro de ser un terrible dios pagano de garras afiladas, cráneos descarnados y serpientes en su tocado. Nada atinaba en sus volúmenes para considerarla “clásica”: era horrible, demasiado monstruosa para ser expuesta al público. Se le escondió en el patio de la Universidad, al oriente de la Plaza del Volador, apenas unos pasos más allá de donde se sacó del lodo y del olvido.

El descubrimiento de las piedras esculpidas, como el Paseo del Pendón de ese año, apenas dejó registro. Un folleto descriptivo del sabio y malhumorado Antonio de León y Gama y alguna otra mención marginal. El tiempo lo desdobló en acontecimiento capital para la arqueología mexicana... Pero otros asuntos ocupaban las actividades gubernamentales. Por un lado, las noticias espantables de la revolución en Francia, la fuerza de una asamblea de “gente de baja condición” y enemiga de la Iglesia, promotora de las heréticas destrucciones de imágenes de santos venerados, de iglesias, de jerarcas eclesiásticos y aristócratas... Otras tareas más urgentes les ocupaban; por ejemplo, la limpieza de la ciudad, la erección de edificios armónicos y claros, el ejercicio de la arquitectura como una de las bellas artes, al igual que la escultura y la pintura, arrebatadas a los gremios y sus talleres para darlas a los artistas formados en la recientemente fundada Academia de San Carlos⁴; junto a ello, la separación de los espacios públicos de los privados, las prohibiciones de tirar aguas negras en las calles, de volar papalotes y elevar globos de papel de china que provocaban incendios y otros accidentes... Reflejo de una corriente de renovación urbana europea, la capital de la Nueva España buscó dejar de ser una provincia perdida del imperio, un ángulo obtuso en un rincón de la cristiandad. Al finalizar el siglo XVIII las autoridades quitaron basura acumulada por muchos años, desazolvaron canales, se iluminaron las calles principales, se ampliaron las avenidas y mejoraron los paseos, se buscó quitar todo lo que obstaculizara el tránsito de peatones y carruajes.⁵

En esas pujantes últimas décadas del Siglo de las Luces se derribaron “construcciones que representaban estorbos. Desde entonces los callejones y vecindades fueron vistos como sitios nocivos y peligrosos; lugares que permitían el hacinamiento, la podredumbre y la malacrianza. Fue así como una distinta concepción de la urbe comenzó a transformar el espacio urbano”,⁶ y como efecto, las costumbres cotidianas de sus habitantes. Quedaba claro: el enemigo era la insalubridad y la pernicioso costumbre de arrojar a la calle –o a los canales– los excrementos y las basuras. El cambio no debió ser fácil ni aceptado de buena gana por todos. Sin duda, debió sentirse en el ambiente la tensión entre el hecho urbano afirmado por la rutina y la noción política de ciudad moderna que resolvía los usos reglamentados del espacio. La revolución urbana fue decidida con tenacidad por los herederos de la Ilustración en el centro de la Nueva España: en 1795, el teniente coronel Diego García Conde terminó el primer plano moderno de la ciudad con una doble perspectiva, la de la mirada a vuelo de pájaro en sus 8 cuarteles mayores (divididos en 32 menores) y la de la reproducción exacta del paisaje de edificios, torres, cúpulas y jardines por los cuatro puntos cardinales en un vistazo horizontal. El Plano de la Ciudad de México fue impreso en gran formato sobre papel (otro hecho novedoso), que fue contemporáneo: “(...) las nuevas ideas ilustradas de limpieza, higiene, circulación, en fin, la revolución del urbanismo que vivía Europa hizo posible que la ciudad volviera a vivir, como en sus primeros años, amplios proyectos de renovación. Se la sometió a un estricto control y bajo la mirada inquisitiva de estos ilustrados se la midió, se contaron sus habitantes, se numeraron sus casas, se ordenaron sus mercados, se reglamentó el uso de sus calles, se regularizaron las fiestas, en fin, volvió a ser una ciudad y no un conglomerado, como parece haber sido por tantos años”.⁷ Y esta política sería un raro ejemplo de continuidad urbana: ya desde los tiempos del virrey Martín de Mayorga comenzó por desbaratar la ciudad del barroco; en 1782 se habían desterrado de la zona urbana aquellos establecimientos que causarían malos olores, atraerían moscas y otras alimañas o fueran un foco de riesgo de incendios: fábricas de velas de sebo, zahúrdas, curtidurías, pailerías, talleres de coheteros, herreros y toneleros; y en los tiempos de García Conde se prohibieron también las panaderías en el centro de la ciudad.⁸

En las corrientes profundas de la cultura

No todo cambió. No podía hacerlo. Las creencias que llegaron del fondo de la historia virreinal, de las corrientes más profundas de la cultura popular cristiana novohispana, se desdoblaron en conductas, gustos y fervores que no dejarían del todo de aparecer a pesar de los propósitos oficiales por “adelantar” a la urbe. Quedó, tal vez hasta nuestros días, la “parte profana de la cultura”⁹ del barroco, quedaría arraigada en la mentalidad popular, en un mundo de santuarios, pinturas ejemplares de mártires y cristos sangrantes, ofrendas y rituales, de edificios y decoraciones que remitían a los misterios de la Pasión, al perdón de los pecados y a la mayor gloria de Dios y del rey.

¿Cómo era la heterogénea sociedad del corazón del reino la última década del Siglo de las Luces? Podemos imaginarla. Vivían diariamente, como todos los vasallos del rey, los hechos pequeños de su repleto mundo. La división en castas y las distancias en las fortunas ponía fronteras mentales y reales en la relación entre los individuos. La historia apenas las registró; sin embargo, en su central insignificancia marcaron sus vidas, y serían ellos los que harían el cambio más hondo e inimaginable que hoy podemos atisbar: la Independencia no sería un hecho casual; ellos extinguieron a la Nueva España y dieron la bienvenida a México.

Al modo romano

Octavio Paz escribió que “los edificios de la época virreinal son nobles sin austeridad, grandes sin pretensión. La arquitectura se vuelve escultura y la escultura se anima, como si la piedra estuviese viva”.¹⁰ La Real Academia de las Bellas Artes de San Carlos dejaba ver su benéfica influencia, de manos de sus maestros artistas. El dibujo de Rafael Ximeno y Planes, grabado por José Joaquín Fabregat en 1797, ima-

ginó la Plaza Mayor de México ya terminada en sus trabajos de desagüe, nivelación y acondicionamiento. La circundaba una muralla que se adivina de cantera abalaustrada con cuatro rejas orientadas cardinalmente. Al centro de la plaza se levantaba el monumento ecuestre del rey Carlos IV, al gusto romano. Montado a la manera de los césares, sin estribos y con el pleno dominio de la cabalgadura, pareciera dirigirse hacia el palacio virreinal. Llama la atención que en el perímetro, Ximeno y Planes apenas ilustró una decena de personas (en una ciudad de ciento cincuenta mil habitantes); todo el conjunto, rejas adentro, está limpio, desierto, sin nada que se interponga entre el monumento y sus siempre externos observadores (a quienes Ximeno sitúa al sur del emplazamiento). El símbolo era claro: el espacio del rey no se tocaba ni se estorbaba. El emblema ilustrado se resumía en la pulcritud visual —y real—: la Plaza Mayor en nada debió parecerse a la desordenada, desconcertante, vital, ruidosa y multicultural área de intercambios de los tiempos de Carlos III. Nada de los cajones de mercaderías llenos de frutas, pescados, flores, telas y lienzos, lozas y barros, de talleres de caldereros y huaracheros, del paso de parvadas de chichicuilotas, patos, guajolotes y gallinas pastoreados, de gritos para vender y comprar, de músicos ambulantes y del paso de fervorosos cargadores de imágenes santas para pedir limosnas, todos bajo la magra columna que soportaba la más bien pequeña imagen policroma del rey Fernando VI, erguido y con un pie sobre la esfera del mundo.¹¹ Por otro lado, los edificios y templos antiguos dejaron los viejos esplendores; al no invertirse en su mantenimiento y conservación, iniciaron un largo camino hacia la ruina, que una generación más tarde derivaría en el abandono y el desprecio.

La proyectada magnificencia de la Plaza Mayor y su monumental símbolo marcarían, como duro destino del cambio urbano, las horas futuras de la Ciudad de México. “El lunes 18 de julio de 1796, por la mañana, se llevó a cabo una ceremonia en la Plaza Mayor de la ciudad de México, con asistencia del virrey, don Miguel de la Grúa Talamanca, marqués de Branciforte, y los miembros de la Real Audiencia”.¹² La ceremonia consistió en colocar una caja de tiempo¹³ que marcaría el lugar en que se debía levantar una escultura de madera con la imagen ecuestre de Carlos IV. Se trataba de una maqueta-simulacro, de una prefiguración del monumento. Y es que el marqués de Branciforte había mandado levantar una estatua de bronce tan grande que la insuficiencia del material en la Nueva España obligó al maestro escultor, Manuel Tolsá, a tallar una escultura efímera y ponerla en el centro de la plaza.¹⁴ El olvido la devoró. Cuenta el alabardero José Gómez que el 9 de diciembre, cumpleaños de la reina María Luisa, se colocó la estatua en la base. Como se acostumbraba en los festejos de las glorias reales, se organizaron corridas de toros, ceremonia de “besamanos en Palacio, en la tarde paseo y en la noche teatro, baile y cena, con muchos castillos de fuego”.¹⁵ Tres años más tarde se concluyó el molde de madera para el vaciado del bronce fundido; las veinte toneladas de material —600 quintales que recubrirían un “esqueleto” de metal, cuya estructura debía soportar la enorme estatua— no se consiguieron sino hasta 1802. Se buscó repetir la fecha, acorde a la ceremonia primigenia: el 9 de diciembre de 1803, el monumento ecuestre de Carlos IV fue inaugurado por el virrey José de Iturrigaray. El significado sería el mismo: una amorosa manifestación de obediencia y lealtad de la élite gobernante novohispana. “El Caballito”, como se le apodó, cabalgaba rumbo al palacio virreinal... en una plaza solitaria. El apoyo popular al rey era simbólico, y se sostenía por el temor a repetir la aventura revolucionaria francesa, herética y anticlerical, a quedar desprotegidos ante la ambición de Napoleón, y finalmente a caer en las rudas manos de la Inquisición. Sin embargo, apenas un año más tarde, el 24 de diciembre de 1804, Carlos IV firmó la Real Cédula de Consolidación, documento que condenaba a Nueva España a la depresión económica. En su momento se sintió como lo que era: un yugo mortífero. Por supuesto, terminó con el prestigio del rey y con el amor de sus vasallos. Se acercaban los tiempos en que la veneración como conducta natural del vasallo hacia el monarca sería puesta en tela de juicio; se acercaban los años de rechazar y discutir la función de gobierno y gobernantes; se asomaron los momentos de exhalación del largo ritmo vital de la ciudad; y con ella salió el inconfundible aliento del disgusto acumulado...

“Desde esta soledad...”

En 1803 llegó el barón Alexander von Humboldt a la Nueva España. Cargado de instrumentos y colecciones, emprendió la subida de las costas de Acapulco hacia la Ciudad de México. No esperaba encontrarse con una urbe distinta a las que daban sello particular a las ciudades y villas españolas. Se asombró: “México debe contarse, sin duda alguna, entre las más hermosas ciudades que los europeos han fundado en ambos hemisferios. A excepción de Petersburgo, Berlín, Filadelfia y algunos barrios de Westminster, apenas existe una ciudad de aquella extensión que pueda compararse con la capital de Nueva España, por el nivel uniforme del suelo que ocupa, por la regularidad y anchura de las calles y por lo grandioso de las plazas públicas”.¹⁶ Debió atestiguar la ceremonia de vasallaje y aceptación al rey Carlos; describió entonces a la recientemente remodelada Plaza Mayor: “Todo viajero admira con razón, en medio de la Plaza Mayor, enfrente de la Catedral y del palacio de los virreyes, un vasto recinto enlosado con baldosas de pórfido, cerrado con rejas ricamente guarnecidas de bronce, dentro de las cuales campea la estatua ecuestre del rey Carlos IV, colocada en un pedestal de mármol mexicano”.¹⁷ De hecho, el curioso científico alemán miró todo: los edificios del nuevo gusto clásico hechos con corrección por los arquitectos de la Academia, el trazo de las calles, la armonía entre el paisaje y la ciudad —fundamento de la geografía humana del romanticismo en boga—... Subió al cerro de Chapultepec y desde “esta soledad, esto es, desde la punta de la roca porfírica [...] domina la vista una extensa llanura y campos muy bien cultivados que corren hasta el pie de las montañas colosales, cubiertas de nieves perpetuas”.¹⁸

Crepúsculo

Hacia comienzos del siglo XIX la Nueva España vivía en un espejismo de felicidad, en un simulacro de bienestar. Pero el mundo se descompuso. La Real Cédula de Consolidación quebrantó la imagen de un rey benefactor; se trastocó a la de un gobernante inepto dirigido por el “favorito de la reina”, el ministro Manuel Godoy. El golpe de Aranjuez que destituyó a Carlos IV y elevó a Fernando VII pareció esperanzador. No por mucho tiempo: el río revuelto atrajo al ambicioso Napoleón; al invadir España y retener a Carlos y a Fernando en Bayona, el mecanismo jurídico español se echó a andar para evitar el vacío de poder. Las juntas asumieron la responsabilidad de rechazar política y militarmente a los franceses. Y en la Nueva España rompió el precario equilibrio social entre criollos y peninsulares. La Ciudad de México, apenas ayer elogiada, fue hecha rehén por los golpistas de Gabriel de Yermo; luego por el temor, las penurias de la guerra y finalmente por la mano de hierro de los virreyes militares. Se aceptó y se reprobó la Constitución de Cádiz (1812), conforme llevaran los aires en la misma España. Y entonces a la Plaza Mayor se le bautizó como Plaza de la Constitución —el nombre moderno—, pero fue también escenario de cadalso judicial (ahí, por ejemplo, se ajustició al insurgente Bravo) y simbólico (se quemaron por mano de verdugo los ejemplares de la Constitución de Apatzingán).

El día de la ira

Hay tiempo para crecer y tiempo para cambiar; tiempo de demoler y tiempo de levantar, tiempo de vivir la calma y tiempo de soportar la tormenta... Paráfrasis bíblica que se aplica a la abrupta historia de México. Así lo entendió la historiadora Guadalupe Jiménez Codinach al explicar la fuerza del destino durante el dudoso crepúsculo virreinal. La sabia frase debió parecerles profecía a los jefes insurgentes, muchos de ellos curas desdoblados en caudillos. Era tiempo de cambiar para la Nueva España; tiempo de padecer para la capital del reino. Al sumar la propaganda realista, la persecución y descalificación tenaz de militares, obispos e inquisidores, los habitantes de la Ciudad de México —la mayoría asombrados y pasivos— debieron sentir que se abría la ventana del Día Final.

Durante la década independentista no faltaron sucesos que alteraran —y no pocas veces alarmaran— a los habitantes de la ciudad y sus alrededores. Por ejemplo, el regreso de las exhaustas tropas sitiado-

ras de la villa de Cuautla en mayo de 1812. Una crónica falaz cantaba la victoria de los hombres de Félix María Calleja y puntualizó que, por primera vez en un desfile, se escuchó el toque marcial de la trompeta. Ninguna de las dos noticias sería exacta, pero no es posible saber el impacto que tuvo entre la población citadina, agobiada por el temor a la inseguridad y a la presión del gobierno contra criollos y castas. Otro más, el de la proliferación de bandos y órdenes escritas –y leídas en voz alta–, para regular el comercio de víveres (escasos por la guerra en los campos y haciendas), para dar vigencia o derogar los preceptos constitucionales de Cádiz, o para anunciar los requerimientos militares.

Muros de agua

Desde las primeras noticias del levantamiento en Dolores, y sobre todo al saber que las tropas insurgentes tocaban las orillas de la capital del reino, revivió un antiguo reclamo, vieja carga de culpa. Entonces la imaginación y el miedo quisieron resolver un problema cuya alerta databa de los tiempos de la conjura de Martín Cortés al mediar el siglo XVI: el hecho contundente de que la Ciudad de México era una urbe abierta, sin murallas. En aquel entonces el juez Muñoz, enviado por el rey Felipe II, advirtió que no habría defensa de la capital del virreinato contra un ataque de los criollos hijos de los conquistadores. Recomendó fortificar, rodear a la ciudad con un muro. No se le atendió.¹⁹

Pasaron casi dos siglos y medio cuando el espíritu fiscal buscó regular los movimientos de quienes llegaban a la ciudad. No sitiadores agresivos, sino comerciantes y transportistas de mercancías. Controlar la actividad dentro y fuera, no para proteger a la urbe, sino para administrarla. El virrey segundo conde de Revillagigedo instruyó al arquitecto Ignacio Castera, nombrado Maestro Mayor de la Ciudad, para “la ejecución de un proyecto para optimizar el resguardo físico de la ciudad. Castera planeó, en primer término, modificar radicalmente la irregular trayectoria de la zanja; concibió un doble foso, exactamente cuadrado, sobrepuesto a la traza de la ciudad. En segundo lugar, ideó restringir el acceso de la población a cinco entradas exclusivamente, cuatro de ellas por tierra: Peralvillo, San Lázaro, La Candelaria y Belén, y una por agua, La Viga. Por último, proyectó una calzada para el paso de las rondas, entre la acequia exterior y la interior”.²⁰ La llamada “zanja cuadrada” se volvió prioridad material en 1810 y, eventualmente, los siguientes cincuenta años. Esta vez, al inicio de la guerra insurgente y ante el rumor de la cercanía de las tropas del cura Miguel Hidalgo, la mano de obra –para las posibles adecuaciones– sería del ejército.²¹ El miedo a que la capital del reino fuera sitiada y tomada era apenas comparable al de la imaginada invasión de los herejes de Napoleón. Entonces la “Real Aduana cedió al ejército las riendas de la periferia de la ciudad, subordinando sus funciones de salvaguarda fiscal a la defensa militar”.²²

Once años de guerra destruyeron la vida económica de todo el virreinato y volvieron a la floreciente Ciudad de México en una ciudad asediada. La colonia, y su corazón, se descoyuntaron: el paisaje después de la batalla por la independencia de España era desolado, tanto “que había causado general pobreza y ha hecho lenta y difícil la reparación, de manera que, en el fondo del brillante cuadro de la victoria, descubriese una situación oscura, desconsolante y propia para desalentar a los más templados corazones”, se escribió a comienzos de la paz porfiriana seis décadas después.²³

“Olor a tierra recién nacida”

Pero la ciudad, como espacio de vida y de relaciones multiculturales, salió de su adormecimiento, de su confusión, una mañana de febrero de 1821. A partir de entonces se sintieron semanas prometedoras de estabilidad política. El siglo XIX, finalmente, levantaría ideas nuevas de historia y de futuro alentador. Aunque no sin dificultades... Se sentía el olor a tierra recién nacida –para robar la imagen al poeta Jaime Sabines–. El color verde de la bandera nacional y el pacto trigarante entre los enemigos combatientes significaba lo que los nuevos mexicanos querían escuchar: la esperanza. “Sobrábale razón a la gente sencilla para gustar con vehemencia, aunque fuese por algunas horas, de un sueño venturoso. Todo se

prestaba a despertar ilusiones gratísimas, que se creían realizables al contemplar el unánime regocijo de la ciudad, destinada a ser capital del nuevo imperio. En ella estaban vinculados los más solemnes recuerdos, y su situación, sus obras monumentales y el natural influjo de su amplio comercio, y de su numeroso vecindario, de su riqueza y de sus focos intelectuales, exigían que fuese la metrópoli de una nación ya puesta en vía de hacerse poderosa y respetable".²⁴

La administración de la ciudad se estancó a partir del levantamiento insurgente. El ayuntamiento había sido sometido y reducido desde 1808, y las urgencias de la guerra concentraron el ejercicio del gobierno en los virreyes militares. Entonces la proclamación de la independencia ofreció un aliento de esperanza: renació la voluntad de bien gobernar: "[...] una nueva forma de gobierno, el imperio, se interesó por llevar a cabo, a partir de 1821, una serie de reformas que acabaran con un caos urbano desarrollado a lo largo de 300 años [...] Era toda una planeación urbana en la que se hacía necesario reubicar edificios y crear otros que impulsaran la funcionalidad y el esplendor del imperio. Se consideraron diversas zonas donde debían erigirse museos, observatorios, zoológicos, lavaderos, baños públicos, teatros, escuelas, centros comerciales y hospitales".²⁵ Pero el final de la guerra habría dejado otra huella que no quiso atenderse: la pobreza generalizada y las arcas vacías del gobierno. Y tal vez se perdió la oportunidad para esta generación de retomar el hilo en la naturaleza de las cosas: "la corta vida del primer imperio impidió echar a andar este plano regulador, pero sí trajo consigo, como consecuencia de su fracaso, el abandono de la ciudad y el proceso acelerado de depredación, afectación y depauperización del suelo de la Ciudad de México", como escribió con pesimismo un historiador en nuestros días.²⁶ Con todo, el esplendor que atestiguó el barón de Humboldt veinte años antes seguiría asombrando a los ojos extraños.

Efervescencia

El 19 de julio de 1823, el Gobierno Provisional Republicano que sustituyó al emperador Iturbide hizo público el decreto 106, en el que se declaraba oficialmente como "Beneméritos en Grado Heroico" a Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama, Mariano Abasolo, José María Morelos, Mariano Matamoros, Leonardo y Miguel Bravo, Hermenegildo Galeana, José Mariano Jiménez, Xavier Mina, Pedro Moreno y Víctor Rosales. Con esta declaración se desplazó a Agustín de Iturbide como el protagonista fundamental de la independencia. El 17 de septiembre de ese mismo 1823 se depositaron los restos de los rebeldes insurgentes desdoblados en la Catedral Metropolitana, en una ceremonia que reflejaba el tamaño del desagravio que los responsables de cimentar la nación sentían ineludibles para los héroes fundacionales. Se les depositó en el Altar de los Reyes, a la vez "que las cenizas de Hernán Cortés eran extraídas de su sepulcro por los representantes de sus herederos y con la cooperación honrosa del gobierno, a consecuencia de las excitaciones que a la plebe se hacían para que tomase en inofensivas cenizas venganza tardía si no ridícula".²⁷ Entonces, de manera definitiva en cuando menos dos siglos, la biografía simbólica de Cortés cambió de signo violentamente: de héroe a villano. También, y con el mismo tono de vindicta pública, se removió la estatua ecuestre de Carlos IV. Nada declaradamente colonialista debía subsistir: ni escudos, ni lápidas inscritas como memoria pública, ni huella del pasado reciente, manifiestamente degradante por ser una colonia con vasallos de segunda calidad. España pagaba así el carácter injusto de sus gobernantes para con sus posesiones ultramarinas; la hispanofobia, enfermedad política que llegaría hasta los tiempos de la Revolución mexicana un siglo más tarde, se volvería conducta común.

Carlos IV avergonzaba. No su estatua, ya emblemática y valorada como obra de arte. Pero la figura del rey no podía seguir en el corazón de la ciudad capital. Menos aún cuando se le sustituiría por un monumento efímero, pero propio de los nuevos tiempos y lealtades. Para la ceremonia de coronación de Agustín de Iturbide como emperador, se cubrió el conjunto escultórico con una tela y se rodeó de banderas tricolores; años después se planeó levantar en ese sitio un monumento a la independencia,

del que tan sólo se construyó el zócalo –curiosamente, esta frustrada base daría el nombre popular a la Plaza Mayor y, por extensión, a todas las plazas principales de los pueblos de México–. Luego se erigió un kiosco y un jardín, en una evolución que no termina...

Cabalgata

El Caballito se llevó al patio de la Universidad. Paradójicamente, la efigie de Carlos IV quedó encerrada y castigada a la vista como la temida y repelente Coatlicue encontrada en 1790. Se le excluyó del espacio público por casi treinta años. No sería sino hasta 1852 cuando se preparó el cruce del paseo de Bucareli y el camino del templo de San Hipólito al poniente de la Alameda. De ahí arrancarían el nuevo aliento de la ciudad hacia el poniente, al cambiar la pasión política por el orden y el progreso. Esta vez el Caballito miraría hacia el sur. Permaneció en ese punto por ciento veinte años, y soportó tanto el declive urbano como el veloz crecimiento del siglo XX. Se desdobló como emblema: no dejó de ser punto de reunión de tropas invasoras, tanto extranjeras como de los confines mexicanos; atestiguaría, desde ese ángulo, la destrucción parcial o total de templos, conventos y algún teatro; en 1858 sería sede del cadalso que buscaría pagar por unos crímenes que causaron furor diplomático.²⁸

“La noche de diez años”

La política fue una pasión general. Y con ello los deseos de ajustar cuentas. Para la Ciudad de México el comienzo del siglo XIX fue un tiempo gris. Durante los primeros cincuenta años de vida independiente se atestiguó una cadena de violencias, asonadas, catástrofes, confusión. La euforia constructiva y apegada a la estética neoclásica romana languideció totalmente. Tal vez tan sólo se levantó, en todo este tiempo, el Gran Teatro Nacional, en 1844...²⁹ Se le ha comparado con la caída de Roma: la decadencia se rodeó de múltiples amenazas, que llegaron con puntualidad: golpes militares, guerras civiles, invasiones del norte y del sur, de extranjeros norteamericanos, europeos y mexicanos de todos los rincones. Epidemias, desaliento, rumores, destrucción de la ciudad que levantaron los últimos virreyes ilustrados, quienes a su vez habían arruinado las edificaciones barrocas.

Sorprende al lector actual la rapidez de la pérdida de tonos para llegar al gris: en apenas una generación se pasó de la luz y el orden al desánimo de medio siglo. Se volvió al plano cero de la historia; se nació como país independiente, con todo por hacer, todo por encontrar..., pero se comenzó aturrido y destruyendo. Los habitantes de la ciudad, aun los medianamente acomodados al inicio de la guerra insurgente, en las décadas de los 1820 y 1830 vivían para sí mismos, con más penurias que excedentes. Luego de la invasión norteamericana y el agravio de izar su bandera en el Palacio Nacional, la Ciudad de México se replegó y perdió esplendor, desgarrada por el conflicto violento entre liberales y conservadores: su rostro fue el triste gesto de los imperios que subsisten en su decadencia para perfilarse en la mediocridad de la vida y en la ruina material. No podía ser de otra manera: empezaba una nueva era, con la guerra como conducta continua y la discordia constante cotidiana. Y se dijo, la política fue una pasión. Todavía entre 1856 y 1862 la ciudad atestiguó la llegada de intrusos armados, llegados desde el fondo del mundo: los “pintos” de Juan Álvarez, desde las quebradas montañas y costas incultas del Mar del Sur; luego los franceses y sus tropas de la legión extranjera, con fama de invencibles, pero que fueron derrotados antes de llegar a la Ciudad de México en una segunda oleada. Y entre 1859 y 1863, en el periodo más violento de la Guerra de Tres años, “se detuvo por completo la construcción de edificios eclesiásticos; esto se debió a la puesta en práctica de las leyes de nacionalización de los bienes del clero, pero la arquitectura funeraria, en cambio, recibió un estímulo con la secularización de los cementerios”.³⁰ No sin razón, en el alba del siglo XX el escritor Heriberto Frías calificó este momento como “la noche de diez años”...³¹ Pero también subtitularía este dudoso crepúsculo como “el albor de la libertad”.

Y es que, a partir de entonces, al mediar la década de 1860, se alzó la vista y se miró hacia afuera, en

una experiencia hasta ese momento impensable por los habitantes de lo que unos llamaban República mexicana, y otros, Imperio mejicano. Aunque habría que esperar un poco más, 1867, cuando la guerra civil se resolviera finalmente en favor de los republicanos. Entonces el rostro urbano buscaría el espejo de París, el de Roma, el de Londres... Atrás, en los territorios del olvido, quedaron la Venecia americana y el Madrid barroco. También la capital novohispana de los ilustrados. Sería, nuevamente, como la Roma que le era contemporánea, “generosa, charlatana y devota –siempre viva–”.³² Después de la exhalación se volvería a aspirar...

- 1 Al respecto, véase Antonio de León y Gama, Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la Plaza Principal de México, se hallaron en ella el año de 1790, edición facsímil, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990. Y una excelente explicación del contexto, en Eduardo Matos Moctezuma, Tríptico del pasado. Discurso de ingreso al Colegio Nacional (24 de junio de 1993), México, El Colegio Nacional, 2016, pp. 17-24.
- 2 Eduardo Matos da cuenta de que este importante paso no se libró de palabras duras ni de rechazos. Ibidem, pp. 28-30; véanse las críticas de Antonio Alzate al analítico Antonio de León y Gama.
- 3 Mucho se ha escrito sobre la influencia de Winckelmann, primitivo arqueólogo y anticuario del papa, y sus trabajos en las ciudades romanas bajo la lava del Vesubio. Como inicio de la arqueología en el sentido que aquí se le da, véase la mención de George Duby, “La herencia”, en Fernand Braudel et al., El Mediterráneo, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, p. 302.
- 4 La Academia abrió sus puertas en noviembre de 1781.
- 5 Marcela Dávalos, “Los servicios y la población moderna”, en Cristina Barros (coord.), El Centro Histórico. Ayer, hoy y mañana, México, INAH-Departamento del Distrito Federal, 1997, p. 100.
- 6 Idem.
- 7 Esteban Sánchez de Tagle, “Los gobiernos de la Ciudad de México en la colonia”, en Cristina Barros, op. cit., p. 97.
- 8 Roberto Llanas, “Uso del suelo urbano. 1521-1821”, en Cristina Barros, op. cit., p. 91.
- 9 Georges Duby, op. cit., p. 289.
- 10 Octavio Paz, “México, ciudad del fuego y del agua”, en Pasado y presente en claro.
- 11 Así se le representó en el óleo llamado La Plaza Mayor de México, anónimo de c. 1764. Colección del Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec.
- 12 Así lo relata Martha Fernández, “El Caballito: de la gloria al infortunio”, en http://www.revistaimagenes.esteticas.unam.mx/el_caballito_de_la_gloria_al_infortunio. Fecha de consulta: 15 de mayo de 2017. También véase José Gómez, Diario de sucesos notables del alabardero... (1776-1798), edición y estudio de Ignacio González-Polo, México, IIB-UNAM, 2008, p. 312. Este último, dicho sea de paso, da una curiosa descripción del descubrimiento de las dos piedras en la Plaza Mayor de México en 1790, vid supra.
- 13 La caja de tiempo era labrada en una pieza de cantera o piedra volcánica, ahuecada y con tapa del mismo material. Se forraba su interior con una lámina de plomo para resguardar objetos y documentos que recordasen, en el futuro, la fecha y los nombres de los protagonistas del hecho que se buscaba arrancar al olvido.
- 14 Martha Fernández, op. cit.
- 15 Diario..., op. cit., pp. 317-318.
- 16 Alejandro de Humboldt, Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España, México, Porrúa, 2002. Esta cita se tomó de Emmanuel Carballo y José Luis Martínez (comp.), Páginas sobre la ciudad de México, 1469-1987, México, Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 1988, p. 120.
- 17 Idem.
- 18 Idem.
- 19 Para el problema que significó la carencia de murallas defensivas en las ciudades de tierra adentro novohispanas, véase Salvador Rueda, “La excentricidad criolla: revisar el origen del ser mexicano. 1563-1821”, en El criollo y su reflejo. Celebración e identidad, 1521-1821, México, Fomento Cultural Grupo Salinas, 2011.
- 20 Guadalupe de la Torre Villalpando, “El cerco fiscal de la ciudad de México”, en Cristina Barros, op. cit., pp. 110-111.
- 21 Ibidem, p. 111.

- 22 Idem.
- 23 Enrique Olavarría y Ferrari y Juan de Dios Arias, *México a través de los siglos*, t. IV, p. 15.
- 24 Enrique de Olavarría y Ferrari y Juan de Dios Arias, *op. cit.*, p. 9.
- 25 Roberto Llanas, *op. cit.*, p. 92.
- 26 Idem.
- 27 Juan de Dios Arias, "El México independiente", en *México a través de los siglos*, t. III, p. 10.
- 28 Véase Salvador Rueda, "Los crímenes de Chiconcuac y San Vicente", en Delia Salazar (coord.), *Xenofobia y xenofilia en la historia de México, siglos XIX y XX*, México, INAH, 2006, pp. 76-77.
- 29 Manuel Mañón, *Historia del viejo Gran Teatro Nacional de México, 1841-1901*, México, Conaculta, 2010, construido por el arquitecto Lorenzo de la Hidalga.
- 30 Rogelio Álvarez, "Arquitectura del siglo XIX en la ciudad de México", en Cristina Barros, *op. cit.*, p. 114.
- 31 Heriberto Frías, en su *Biblioteca del niño mexicano*, México, Maucci Hermanos, 1900.
- 32 Duby, *op. cit.*, p. 302.